El perseguidor

Al llegar a mi casa y precisamente cuando me disponía a buscar las llaves para abrir la puerta, me vi salir. Intrigado, decidí seguirme. Encendí un cigarrillo mientras enfilaba la esquina de Torrent de les Flors con Travessera de Gràcia. Seguí hasta llegar a la calle Escorial. En el quiosco de la esquina, compré el periódico y lo guardé en la bolsa cruzada amarilla en la que llevaba mis cosas. Luego subí por Escorial y me detuve frente a la parada de metro de Joanic; por un momento, parecí vacilar, y finalmente decidí no tomar el metro. Me irritó mi incapacidad para decidirme; siempre hago lo mismo, le doy cientos de vueltas a una cosa (no importa que sea algo tan trivial como tomar el metro o ir a pie), valoro racionalmente los pros y los contras de cada opción, finalmente me decido por la que creo mejor y luego, en el último momento, cambio de opinión y hago lo contrario. Es un fastidio, y esta vez fue doblemente fastidioso, ya que cuando volteé y regresé sobre mis pasos iba directo hacia mí. Como no quería ser descubierto, giré la cabeza grotescamente para evitar cruzarme conmigo y fingí que curioseaba el escaparate de una zapatería. Una vez que volví a tenerme a una distancia prudencial, reanudé mi marcha hasta verme tomar el Passeig de Sant Joan. Maldije nuevamente en voz baja mientras pensaba que aquella decisión mía complicaba un tanto mi persecución. En las calles de Gràcia, estrechas pero concurridas, llenas de recovecos y portales en los que ocultarse, mi presencia debía de haber pasado desapercibida para mí mismo, pero en la avenida central de Passeig de San Joan, con grandes espacios y sin ningún lugar en el que ocultarme si en algún momento se me ocurría voltear la cabeza, el riesgo de que me percatara de que alguien me seguía aumentaba considerablemente. Me senté en uno de los bancos del Passeig mientras me alejaba caminando; lo mejor sería aumentar la distancia entre nosotros. Mientras me veía caminar calle abajo, con ese andar indolente que ahora me parecía irritante, pensé que tal vez también yo me estaba siguiendo a mí mismo, y ese hipotético yo perseguido nuevamente me seguía a mí mismo (probablemente ya a mucha distancia calle abajo, tal vez a la altura de la Avinguda Diagonal), y así sucesivamente, de modo que me encontrara yo recorriendo Barcelona entera simultáneamente, en un bucle de persecuciones que, tal vez, me convertía en el único transeúnte de la ciudad. Asustado por la idea, me di la vuelta para tratar de averiguar si también estaba siendo perseguido. Afortunadamente, las cosas no eran tan complicadas. Por detrás de mí únicamente había una pareja que paseaba cogida de la mano, un hombre sentado en el banco anterior al mío que tomaba su almuerzo en un táper y un anciano que había sacado a pasear a un pastor alemán; ninguno de aquellos rostros era el mío. Con alivio, comprendí que estaba solo, y reanudé mi persecución.

Mis temores sobre la dificultad de la persecución en el Passeig de San Joan resultaron infundados; caminaba de forma tan alegre y despreocupada que me avergoncé un poco de mí mismo. ¿Cómo podía ser tan inconsciente y distraído? ¿Y si en lugar de ser yo fuera una persona con malas intenciones la que me estuviera siguiendo? Definitivamente, era una presa demasiado fácil, tendría que esforzarme en el futuro por cambiar aquel aspecto de mi personalidad... Mi mujer, en cambio, que como buena limeña es paranoica por naturaleza, a buen seguro que a estas alturas (miento: seguro que mucho

antes, tal vez justo al salir de casa), ya se habría dado cuenta de la situación y sólo la timidez de enfrentarse a la que ella supondría una desconocida evitaría que se diera la vuelta, se enfrentara consigo misma y, una vez aclarada la situación, terminaran las dos compartiendo uno o dos cafés o yendo de compras a alguna librería del centro.

Pasada la Diagonal, giré a la izquierda por la calle València. Trataba de mantener la distancia, pero mis continuas distracciones complicaban la tarea: que si ahora me detengo enfrente de otro quiosco para ojear las portadas de algunas revistas, que si ahora cruzo a la otra acera de la calle para ver los libros del escaparate de una papelería-librería, que si ahora cambio nuevamente de acera para ver las novedades de un videoclub (por supuesto, siempre desde fuera, sin llegar a entrar, no vaya a ser que el dependiente me pregunte si puede ayudarme y yo me muera de vergüenza). Mírame; qué irritante, tanto ir de un lado para otro, y siempre evitando cualquier situación en la que tenga que hablar con nadie. ¿No podía dejarme de tonterías e ir directamente a donde quiera que estuviera yendo? No, por supuesto que no, tenía que ir dando tumbos y encima con la maldita manía de la timidez. Si al menos eso me sirviera para desconfiar de la gente y evitar exponerme a situaciones peligrosas... Pero no, lo hacía todo de forma tan distraída, con la bolsa con todas mis cosas colgando de forma tan tentadora de mi hombro... ¿Cómo puedo ser tan poco cuidadoso? Con todo lo que debo de llevar ahí dentro: el teléfono móvil, tal vez algún libro caro, el reproductor de música, mis cuadernos de notas, repletos de textos de los que no tengo copia, las llaves de casa... ¡Las llaves de casa!

A la altura de Marina me harté de verme vagar por las calles de aquella forma. Reduje la distancia entre los dos y, cuando me detuve una vez más delante del escaparate de otra papelería, empecé a correr, me arranqué de un tirón la bolsa amarilla y seguí corriendo sin parar hasta meterme dentro de la estación de metro Monumental. Volteé y, como era previsible, ni siquiera me había molestado en perseguirme. Además de tímido y distraído, cobarde. Ahora que tenía las llaves, tomé el metro de regreso a casa. Me imaginé a mí mismo con cara de tonto enfrente de la papelería, sin atreverme a hacer nada y preguntándome cómo solucionar el problema. Por primera vez en todo el encuentro, sentí un poco de lástima. Me consolé pensando que, tal vez, aquello me sirviera de lección y fuera más cuidadoso de ahora en adelante.

COMENTARIO

El cuento de Víctor nos ha parecido que se acerca bastante a la consecución del objetivo: manejar dos personajes en primera persona trabajando con un focalizador…que obviamente puede cambiar de uno a otro gracias, precisamente, a ser “dos” primeras personas. Creemos que se acerca porque hay pasajes de esta persecución en que efectivamente notamos con claridad que se trata de dos personajes y al mismo tiempo de un solo narrador oscilando entre las dos perspectivas. No obstante, a medida que transcurre el relato se va diluyendo la sensación de bifrontalidad del cuento y la perspectiva queda más inclinada a uno de ellos, el que empezó a contar, pese a que el final vuelve a mostrarnos a ambos. Esto no significa que el relato esté mal, sólo que en lo que refiere al ejercicio, podría haberse sacado más partido: ustedes disculparán tanta pijotería por nuestra parte, pero creemos también que esa es

nuestra función… en todo caso, un cuento de aporte valioso para que los demás compañeros del taller escriban sus comentarios y saquen conclusiones.